

nes? ¿Dominate el amor propio? Ea, determina alguno de estos defectos, y aplícale á corregirlos hoy. Seguramente puedes contar con la gracia; ojalá que con igual seguridad pudieras contar con tu correspondencia.

2. Una vez al día trae á la memoria los propósitos, el proyecto de conversión que habrás hecho en otras ocasiones. Hazte presente aquel plan, aquel método de vida que alguna vez sería fruto de alguna confesión general, de algunos ejercicios; y examina si le has desmentido, si te has desviado de él. Renueva todos aquellos propósitos y ese método, imponiéndote alguna penitencia por cada vez que faltares. También es práctica muy útil determinar antes de la confesión, y aun antes que se acabe la meditación, el fruto particular que se desea sacar de ella. ¡Buen Dios, de cuántas industrias se valen los mundanos para adelantar sus intereses temporales! ¡Y será posible que solo en el negocio de nuestra salvación hemos de ser estúpidos y descuidados!

DIA TRECE.

SAN HILARIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Hilario, uno de los mayores ornamentos del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros de la iglesia galicana, á quien san Gerónimo y san Agustín apellidan el gloriosísimo defensor de la Fe, y el doctor insigne de la Iglesia, este hombre verdaderamente grande nació en Poitiers hácia el fin del siglo tercero, ó al principio del cuarto. Su casa era de las mas distinguidas de toda aquella provincia, aunque tenia la desgracia de estar envuelta en las tinieblas del gen-



S. HILARIO, O. Y C.

tilismo, en el cual fué tambien criado Hilario. Su educacion, no obstante haber sido pagana, fué correspondiente á un niño de distincion. Aplicáronle con tiempo al estudio de las ciencias profanas; y el niño Hilario hizo tan rápidos progresos, así en las bellas letras, como en la filosofía, que desde luego se persuadieron todos á que habia de ser con el tiempo uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Con efecto lo fué; pero no debió la eminencia de su sabiduría á las ciencias profanas.

Tenia Hilario un juicio demasiadamente sólido y una comprension demasiadamente perspicaz y penetrativa, para vivir pagado y satisfecho de las supersticiones y ridiculeces del gentilismo. Bastariale su sola razon natural con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes absurdos de la idolatria; pero aunque el entendimiento puede descubrir todo esto con la luz de la razon, con todo eso la conversion del corazon siempre es obra de la gracia. Comenzó esta insensiblemente á iluminarle el espíritu, y á correr el velo á la ridiculez y á la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas que entretenian y engañaban miserablemente al pueblo. Al resplandor de esta divina luz conoció muy presto Hilario que habia un Ser supremo, soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, quien únicamente podia hacer la suma felicidad y bienaventuranza del hombre. Hallábase todo embebido en estas reflexiones, cuando, por especial disposicion de la divina Providencia, le vinieron á las manos los libros de Moisés y de los profetas. Leyólos con ansia y con gusto; pero la leccion del Evangelio acabó de descubrirle la verdad y la santidad de nuestra religion; y el Padre de las misericordias, que queria hacer de Hilario otro vaso de eleccion, le inspiró el deseo eficaz de abrazarla y de seguirla.

Iluminado con estas vivas luces, renunció sin dificultad el paganismo mas filosófico que gentilico que habia profesado, porque nunca fué capaz de incurrir en los absurdos de los paganos; y desde que tuvo el uso de la razon, conoció que no se hallaba la verdad en el partido de la idolatria. Recibió el bautismo con un gozo inexplicable, como él mismo lo asegura; y fué tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió tan lleno del espíritu de Dios como los cristianos mas perfectos. Desde luego miró con tedio y con horror todo lo que habia aprendido en los libros de los paganos: no hallaba gusto sino en el estudio de los sagrados; cualquiera otra lectura le parecia insípida y fastidiosa. Como el Señor le destinaba para que fuese una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, le dió una inteligencia tan clara de la sagrada Escritura y de las verdades mas sublimes de la Religion, que apenas recibió las aguas del bautismo, comenzó á portarse, no ya como neófito, sino como maestro consumado en la fe, y como padre de la iglesia de Jesucristo. Era todavia secular, y parecia poseer con anticipacion la gracia del sacerdocio, como se explica Fortunato.

A la especulacion de la teología dogmatica añadió la práctica de la moral cristiana. Su devocion era la mas tierna, su porte el mas ejemplar. Estaba casado con una dama de singular mérito, que, siguiendo en todo las piadosas inclinaciones de su virtuoso marido, servia de ejemplo y de modelo á todas las de su sexo y de su estado. Tenian por fruto de este matrimonio á una hija, llamada Abra, la cual se supo aprovechar tan bien de los ejemplos domésticos que tenia siempre á la vista, y de la cristiana educacion de sus padres, que mereció ser honrada como santa, y como tal celebra su fiesta la iglesia de Poitiers.

Creciendo cada dia mas la virtud de nuestro santo, convino con su mujer en vivir de allí adelante como si fueran hermanos. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia que de la pureza de sus costumbres, admirando todos la modestia, el celo y la caridad de Hilario. En fin, su raro mérito y su extracrdinaria piedad le granjearon tanta estimacion, no solo del pueblo, sino tambien del clero, que, habiendo muerto el obispo de Poitiers, todos los fieles de aquella iglesia pusieron los ojos en él; y sin dar oidos ni á su repugnancia, ni á su humildad, le escogieron de consentimiento universal por su pastor y maestro. Separado de su mujer con reciproco consentimiento, se vió precisado á consentir en su eleccion, y fué consagrado obispo.

No ignoraba Hilario los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se los habia echado áuestas, esperando de su piedad todas las luces y fuerzas necesarias para cumplir fielmente con su ministerio, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe que se le habia confiado, y á defender su pureza contra la corrupcion de las heregias. Habia penetrado el arrianismo hasta las Galias despues de haber desolado toda la iglesia de Oriente. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, por los artificios de su mujer, princesa arriana, se declaró protector del arrianismo con tanto empeño, que por defenderle persiguió á la Iglesia cruelmente, desterró á los prelados mas celosos y ejemplares, y en fin fué azote de los católicos. Encendido san Hilario en un celo ardiente y generoso por la fe de Jesucristo, no contento con mantener á sus ovejas, apacentándolas con el saludable pasto de la divina palabra por medio de sus continuos sermones, no cesaba de declararse contra el error, y era ya tenido por uno de los enemigos mas formidables del

arrianismo. La mayor parte de los prelados de las Galias celebró su generosidad y se declaró á su favor, mirándole no solo como á hermano, sino como á caudillo del partido católico; y unidos con él, obraron de concierto en defensa de la fe, y en prevenir antidotos en los pueblos contra el veneno de la herejía. Pero turbó esta santa liga de los pastores, Saturnino, obispo de Arles, gran fautor del arrianismo, hombre de ingenio travieso y de costumbres estragadas. Orgullosos con el favor que le hacia el emperador arriano, comenzó á ejercitar una especie de tiranía con los demás obispos, hermanos suyos. Valióse de amenazas y de violencias para atraerlos á su parcialidad, y armó contra los que no se dejaban persuadir de sus artificios el poder de los magistrados y de los ministros del emperador, que por la mayor parte estaban inficionados del arrianismo como él. Diósele poco á san Hilario del crédito de Saturnino; y viendo que no perdonaba medio alguno para intimidar á los católicos, se separó de su comunión y de la de todos sus parciales con los otros prelados católicos de las Galias. Quiso despicarse Saturnino de este que reputaba desaire de su dignidad y de su carácter. Ligóse con algunos obispos herejes, y protegido con la autoridad del emperador, convocó un concilio en Beziers, en el cual se cree que él mismo presidió, y llamó á él á san Hilario con otros muchos prelados católicos de la provincia.

Concurrió al concilio nuestro santo, y animado con aquel generoso y ardiente zelo que hace siempre el carácter de los verdaderos prelados, se declaró intrépido por delator de los obispos arrianos, denunciándolos ante los católicos. Obligóse á probar su impiedad, á convencer sus errores, á producir testigos de sus herejías, á descubrir la malignidad de su secta. Demostró que se corrompia el Evangelio, que se arruinaba la fe, y que á la sombra de una falsa y en-

gañosa confesion de Jesucristo, se introducía en la Iglesia la mas horrible blasfemia. Mas la violencia que reinaba en una junta gobernada por los enemigos de la fe católica, no le permitió libertad para representar todos estos puntos con la claridad, con la extension y con el método que requería la materia. Cuanto mas insistía en que le prestasen atencion, mas se empeñaban en negársela los enemigos de la verdad. Temían verse confundidos, y echaron por el atajo de no escucharle. Hallándose, árbitros del poder en aquel conciliábulo, Saturnino y los demás obispos arrianos depusieron á nuestro santo; y abusando del crédito que tenían con el emperador Constancio, que á la sazón se hallaba en Milan, dispusieron que fuese desterrado á Frigia en compañía de Rodano, obispo de Tolosa.

Recibió Hilario la sentencia ó la orden del emperador con un gozo muy parecido al que sentían los apóstoles y los mártires cuando se les ofrecía ocasion de padecer en defensa de la causa de Jesucristo. Triunfante y orgulloso Saturnino, viendo desterrado al azote de los herejes, creyó que no se atreverían á tratarle como tal los demás obispos católicos de las Galias intimidados por este destierro; pero le engañó su vanidad. No hubo siquiera uno de aquellos generosos prelados que quisiese admitirle en su comunión, permaneciendo constantes en la fe y en la comunión de san Hilario. Partió este sin dilacion á su destierro, y allí le tenía prevenidos la Providencia nuevos triunfos.

Animado con la confianza de la causa que defendía, escribió al emperador una carta muy respetuosa y muy atenta, justificándose plenamente de las negras calumnias que sus enemigos le imputaban. Escribió tambien otra, pero mucho mas enérgica, á los obispos de las Galias, con quienes conservó siempre una correspondencia tan seguida y tan estrecha, como si es-

tuviera en medio de ellos. Sus cartas desarmaron el artificio de los arrianos, y fueron de gran socorro á los obispos que no tenían tanto zelo, ni eran tan generosos como Hilario.

Apenas llegó al lugar de su destierro, cuando se sintió penetrado de un vivísimo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias de toda el Asia. Las de Frigia, donde se hallaba desterrado, y las de las provincias comarcanas, tenían apenas mas que el nombre de iglesias de Jesucristo. Solo habían quedado en ellas unas débiles señales, unas imperceptibles reliquias de la religion católica. No se oían mas que escándalos, cismas, perfidias, nuevos errores, que brotaban y se multiplicaban cada dia. Protegido el arrianismo con todo el poder del emperador, de tal manera había desolado la viña del Señor, que asegura nuestro santo no haber encontrado mas que tres obispos que no fuesen total y descubiertamente arrianos; los demás vivían tan lastimosamente descaminados, que Dios apenas era conocido por los prelados de las diez provincias del Asia, como él mismo se explica y se lamenta.

En este teatro, pues, fué donde mas brilló y mas gloriosos frutos produjo la sabiduría, el zelo y la prudencia de Hilario. Animado siempre con el espíritu de Jesucristo, combatió á los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, y al mismo tiempo tan prudente, que no pudieron cogerle prenda. Conociendo el genio falaz y artificioso de los herejes en sus diversas confesiones de fe, á cual mas capciosa, volvió á tomar la pluma en defensa de la causa del Hijo de Dios; y exponiendo á los ojos de todo el mundo el veneno del error, ilustró con tanta claridad todos los puntos controvertidos, hizo tan patente la verdad de la fe católica, y lo hizo de una manera tan plausible, que debiera espirar el monstruo de la herejía si el genio de

esta hidra fuera reducible. Compuso por el mismo tiempo otras varias excelentes obras, y entre ellas el admirable tratado *De los sinodos*; y trabajó tan gloriosamente en servicio de la Iglesia, que pudiera parecer no haber sido enviado á un país tan remoto mas que para restablecer el reino de Jesucristo y resucitar la religion verdadera.

Celebrábanse por entonces dos famosos concilios en el imperio con la autoridad del emperador, en los cuales la multitud y la variedad de las confesiones de fe que presentaron los arrianos destruía la augusta simplicidad y unidad de la religion cristiana, como lo notó juiciosamente un gentil. Estaba convocado el primer concilio en Rímíni, ciudad de Italia, para los obispos de Occidente: el segundo en Seleucia de Isauria para los de Oriente; ambos enemigos de la verdad católica. Como la órden del emperador para que concurriesen los prelados era general, el gobernador obligó á san Hilario á que asistiese al de Oriente, y aun le proveyó de carruaje para la jornada. En ella le salió al encuentro una doncella pagana, llamada Florencia, que había dias tenía ardientes deseos de conocer al siervo de Dios por las grandes cosas que de él publicaba la fama, y le pidió su bendición. Recibióla el santo con agrado; instruyóla, y la bautizó juntamente con su padre y su familia.

Luego que llegó á Seleucia, fué recibido de aquellos prelados con testimonios de veneracion. Justificó plenamente á los obispos de las Galias, á quienes los arrianos, fecundos siempre en calumnias, habían desacreditado como sospechosos de sabelianismo. Declamó despues contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, acriminó su impiedad, confundió á los parciales del error, y al fin hizo triunfar la verdad. La herejía asustada á vista de aquel héroe de la verdad, procuró alucinar á la asamblea, la cual siguió en una

horrible confusion; encendidos unos contra otros, los arrianos y los semiarrianos, se maltrataron recíprocamente con tanto furor, que al fin se rompió el concilio, y apelando al emperador, corrieron á Constantinopla. San Hilario los siguió. Los diputados del conciliábulo de Rímíni, que llegaran á la corte pocos días antes, se habian juntado al partido de los anómeos. Viendo nuestro santo que la parcialidad de los herejes iba á prevalecer, se presentó al emperador con generosidad y con respeto; y despues de exponerle en pocas palabras los motivos que le habian impelido á tomarse la libertad de presentarle tambien su memorial, le pidió una conferencia pública, en la cual, á presencia de su Majestad, le fuese permitido disputar con los arrianos. Mostróse Constancio muy inclinado á concedérsela; pero conociendo los herejes los superiores talentos de nuestro santo, y no atreviéndose á medir sus armas con las de Hilario en presencia de testigos y de árbitros, discurren un expediente singular para salir de aquel pantano. Persuadieron al emperador que le volviese á enviar á su iglesia, pintándosele como á un hombre inquieto y sedicioso que con su presencia turbaba todo el Oriente.

Esta nueva especie de destierro era tan grata como gloriosa á nuestro santo, viéndose desterrado á su misma amada iglesia por aquellos mismos que tan inicuaamente le habian arrojado de ella; pero como en el corazon de Hilario no prevalecia otro afecto que el de los intereses de Jesucristo, comprendiendo con la mayor penetracion los artificios de sus enemigos, soltó las riendas á su zelo, viendo la malignidad con que era oprimida la Religion. Declaróse, pues, abiertamente y con una grandeza de alma verdaderamente extraordinaria contra un príncipe, que con el especioso nombre de cristiano echaba por tierra el fun-

damento del cristianismo, impugnando la divinidad de Jesucristo. El deseo del martirio, y el dolor de ver las iglesias del Oriente presa infeliz de los herejes le inspiraron esta libertad; pero al fin fué preciso obedecer, y el generoso defensor de la fe tomó el camino de Poitiers, siendo recibido en todas partes como un glorioso confesor de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de la herejía. Salióle al encuentro san Martín, aquel que fué despues tan famoso en toda Francia, y que á la sazón estaba haciendo vida solitaria y penitente en una isla de las costas de la Liguria. Sabiendo que Hilario pasaba por aquellas cercanías, dejó la soledad, y quiso acompañarle hasta Roma; desde allí le siguió á Poitiers, donde se hizo su discípulo.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro santo con algunos milagros, que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose, pues, restablecido en su silla, no se contentó con hacer que reflorciese en su diócesis la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Extendióse su zelo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la herejía hasta sus mismas trincheras. Vuelto despues á su iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fué de cinco ó seis años despues de que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa virgen el día 13 de diciembre. En fin, despues de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte aun mas preciosa á los ojos del Señor, el día 13 de enero

del año 368, á los catorce años de su obispado, y sesenta y siete de su edad.

Dejónos san Hilario muchas obras excelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los santos Padres. Doce libros de la Trinidad, que comenzó el año de 356, y los acabó en su destierro; el tratado de los sinodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359, tres escritos al emperador Constancio contra los arrianos. Cuando volvió del Asia compuso un tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos; otro contra Auxencio, tambien arriano, obispo de Milan. Tenemos sus Comentarios sobre san Mateo, y una parte de los que escribió sobre los salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza: *Pange lingua gloriosi praelium certaminis*.

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la iglesia galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifania. Conserváronse siempre sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles hasta el año de 1562 en que fueron quemadas por la impiedad de los Hugonotes.

SAN GUMESINDO, CONFESOR Y MÁRTIR.

En principios del siglo nono, tiempo en que sufrían los cristianos de España una sangrienta persecucion de los bárbaros Africanos, nació en la ciudad de Toledo san Gumesindo, de padres naturales de esta capital. Traslados con el niño á la de Córdoba, aunque se ignora la causa, le criaron conforme al espíritu de la religion cristiana, esmerándose en su

educacion con el objeto de que ascendiese á la dignidad del sacerdocio, obligados por el voto que hicieron al tiempo de su nacimiento, de ofrecerle al Señor, que se dignó concederles este fruto de sus dulces bendiciones. Para facilitar el intento, le dedicaron al servicio de la iglesia de los santos mártires Fausto, Januario y Marcial, sita en Córdoba, con el fin de que aprendiese de religiosos maestros las ciencias divinas y humanas y demás ejercicios conducentes al designio de sus deseos; para lo cual contribuyeron no poco los ejemplos y continuos consejos de sus mismos padres, interesados en demostrarle las nobilísimas prerogativas de la virginidad y la fealdad y abominacion de la torpeza. No costó dificultad imprimir tan recomendables ideas en el alma de Gumesindo, naturalmente inclinado á la virtud, y propenso al estado de mayor perfeccion. Bajo cuyo supuesto, adelantándose conforme iba creciendo en edad en la instruccion de las letras, y mas en la de los santos; apenas llegó al tiempo predifinido de los sagrados cánones, ascendió por sus grados al órden sacerdotal, desempeñando el ministerio con tanta justificacion, que, considerándole digno el obispo de Córdoba para el gobierno de las almas, fió á su cuidado una de las parroquias de la campiña de aquella ciudad, en la que se portó como pudiera hacerlo el pastor mas zeloso y ejemplar, surtiendo á sus ovejas con abundantes pastos espirituales, sin omitir el socorro de todas sus necesidades corporales, segun sus facultades.

Sentia en lo íntimo de su corazon la miserable situacion de España; no le causaba menos dolor el ver que los bárbaros secuaces de la secta de Mahoma tiranizasen con tan dura esclavitud á los hijos de Dios redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo; y con estas piadosas reflexiones se encendió en vivos deseos de padecer martirio. Parecióle impropio de su minis-

terio omitir una confesion pública de su fe cristiana ante los jueces árabes, y digno de la nota de una cobardía vergonzosa, si no condenase la necedad de tan impia secta; y animado con semejantes impulsos de la divina gracia, pasó á la ciudad á comunicar su resolucion á un monje íntimo amigo, llamado Siervo de Dios, criado en su compañía en la iglesia de los dichos mártires. Alentados mutuamente para tan laudable empresa, sin esperar á ser llamados, se presentaron voluntariamente al juez agareno, y á su presencia principiaron á predicar contra la falsedad de su secta, reprobando con el mayor brio y zelo los delirios de sus necias supersticiones.

No cabe en ponderacion la ira que el bárbaro concibió á vista de semejante arrojo, graduado por el delito mas enorme; y sin esperar las formalidades de los procesos judiciales, mandó á sus ministros les degollasen al momento. Recibieron los santos la sentencia con una alegría inexplicable, dando al Señor repetidísimas gracias porque les hacia dignos de padecer por defensa de su fe. Esta su confesion sirvió para alentar á otros muchos cristianos, que, siguiendo su ejemplo, testificaron con su sangre la verdad de la religion católica. En el día 13 de Enero del año 851, se ejecutó la providencia, logrando por este medio Gumesindo la apetecida corona del martirio. Su cuerpo, habido por los fieles, fué sepultado en el monasterio de san Cristóbal, sitio donde hoy existe una pequeña ermita con la advocacion de san Julian. Haber sido célebre su memoria aun en tiempo de los Arabes, lo comprueba la invocacion de su patrocinio por el Rey don Alfonso el VI, en la conquista de Toledo, con el de otros santos tutelares, naturales de aquella capital, suelo de su nacimiento.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de la Epifania de nuestro Señor.

En Roma, sobre la via Lavicana, cuarenta soldados, que merecieron ser coronados por haber confesado la verdadera fe, en tiempo del emperador Galiano.

En Cerdeña, san Pólito, mártir, quien despues de haber sufrido mucho bajo el emperador Antonino y el presidente Gelasio, obtuvo la gloria del martirio, muriendo con la espada.

En Singidon (*ahora Belgrado*), en la alta Misia, los santos Hérnilo y Estratónico, mártires, quienes, despues de haber sufrido crueles tormentos bajo el emperador Licinio, fueron sumergidos en el Danubio.

En Córdoba, los santos mártires Gumesindo, presbítero, y Siervo de Dios, monje.

En Poitiers, la muerte de san Hilario, obispo y confesor, que estuvo desterrado durante cuatro años en Frigia por la fe católica, que defendió con valentia, y, entre otros milagros, resucitó un muerto. No se celebra su fiesta hasta el dia siguiente.

En Cesarea de Capadocia, san Leoncio, obispo, que sostuvo diversos combates contra los gentiles bajo Licinio, y contra los arrianos bajo el grande Constantino.

En Tréveris, san Agrecio, obispo.

En el monasterio de Vergi, san Viviente, confesor.

En Amasea, en la provincia del Pouto, santa Glafira, virgen.

En Milan, en el monasterio de santa Marta, la beata Verónica de Binasco, virgen del orden de san Agustin.

La misa es de la Octava de la Epifania, y la oracion es la siguiente.

Deus, ejus Unigenitus in O Dios, cuyo unigénito Hijo
substantia nostræ carnis appa- se dejó ver en la tierra ves-